

Juana Inés Dehesa



*Treintona,
soltera y fantástica*

Manual de supervivencia

OCEANO

Juana Inés Dehesa

*Treintona,
soltera y fantástica*

Manual de supervivencia



OCEANO

*Al Sensei, por todos los años
que llevamos escribiendo este libro*

1

¿Pues a qué hora me dieron los treinta?

Donde la treintona se mira soltera y entra en pánico

Yo, a quien me lo pregunte, le digo que soy muy feliz. Que ser una soltera mexicana de treinta y cinco años —entrados en treinta y seis— no me provoca el más mínimo conflicto. Que, muy por el contrario, voy proclamándolo por el mundo a los cuatro vientos, porque, para empezar, ni me veo de treinta y cinco ni soy el tipo de mujer que necesita un hombre al lado para que la defina y la valide ante el mundo; además de que, gracias a la afirmación de mi autonomía, he tomado una serie de decisiones que me han permitido crecer y organizarme una existencia que me acomoda. Así que, de veras, nada me acongoja, nada me hace falta y estoy encantada conmigo, con todo lo que he logrado y todo lo que me queda por hacer. Se lo digo a todo el que me pregunta y a quien no me lo pregunta, de pronto, también: tengo treinta y cinco —entrados en treinta y seis— y, salvo un par de seres en población flotante, soy eminentemente soltera. Y absolutamente feliz.

Y la verdad es que cada vez que lo digo estoy siendo un poquitito mentirosa. No mucho, pero sí algo, porque tanto así como “absolutamente feliz”, tampoco. O sea, razona-

blemente feliz, sí... hasta que ocurre algo que provoca que se disparen las alarmas de mi cabeza. Ésas que me avisan que algo chistoso está ocurriendo con mi percepción de mí misma y del mundo; éstas mismas que, en situaciones menos graves, aunque más frecuentes, empiezan a sonar enloquecidas cuando me subo al Metro y, por la cantidad de miradas que atraigo, deduzco que esa blusa siempre sí era un poquito más transparente de lo que se veía en el baño, o de que en lugar de transmitir que lo mío son los riesgos y no me importa desafiar de vez en cuando las convenciones, lo único que logré combinando ese saco y esa bolsa fue parecer el hermano daltónico del payaso Rabanito. Las alarmas, pues, que hacen que me vea a través de los ojos de las otras personas y caiga en cuenta de que, a pesar de que en general estoy convencida de que lo estoy haciendo todo súper bien y estoy tomando las decisiones correctas, resulta que de pronto me invade la angustia, dudo de mi propio juicio y me empiezo a cuestionar todas y cada una de mis decisiones.

Como esos días en que de pronto, porque tengo que dar una clase, porque voy a tomar un curso o por lo que sea, me veo en medio de un grupo de colegas, específicamente, de mujeres. De inmediato asumo, no sé bien por qué, que debemos estar en la misma sintonía y que tan solteras y treintonas son ellas como yo. Es más, hasta empiezo a experimentar un cierto grado de orgullo malsano de pensar que, en el hipotético caso de que hiciéramos un ranking de solteras codiciables, yo saldría en los primeros lugares (ya sé que es una pésima costumbre y de hecho no es que me sienta particularmente orgullosa de hacerlo, pero de pronto me gana la vanidad y lo hago, qué quieren que les diga); digo, me caigo súper bien y me parezco razonablemente decorativa, y hasta me consiento y me doy puntos por esfuerzo y simpatía, así que me va bien y me

siento muy orgullosa de mí misma. Hasta que llega el momento de compartir experiencias y puntos de vista y todas —todas, hasta la bizca que empieza cada una de sus intervenciones con “en sí, lo que pasa es de que...”— en algún momento de sus enredadísimas anécdotas hacen mención a “un compañero”, “un marido”, “un novio” o, ya en plan más ambiguo y moderno, “una pareja”. Ahí es cuando me empieza a repiquetear el cerebro peor que catedral en domingo. O sea, ¿cómo? ¿Qué no éramos todas solteras? ¿Todas tienen un ser humano esperándolas en su casa? ¿Me van a decir que yo soy la única que no tiene más perspectivas al final de la sesión que sentarse frente a la tele y terminar su sábado en la noche sola como perro? No es que me guste tirarme a la tragedia ni hacerme la víctima, ni que quiera hacer menos a mis colegas, pero de que el hecho asusta, asusta.

Sobre todo porque no entiendo bien dónde está el problema. Digamos, qué saben esas mujeres, y todas las demás que, aparentemente, nomás ponen un pie en la calle y ya tienen a quince seres humanos pidiéndoles su teléfono, que yo no sé; qué ciencia oculta practican que les ha permitido, en un momento de la vida donde teóricamente (o ésa es mi experiencia) los hombres no abundan, y menos los buenos partidos, hacerse de una pareja estable. Yo pensé que todas estábamos jugando a lo mismo y, a estas alturas de mi vida, me empiezo a dar cuenta de que no; que, mientras yo estaba muy apurada por ser la más bonita, la más inteligente, la más estudiosa, la mejor vestida y mejor peinada, resulta que todas las demás estaban aprendiendo artes femeninas quién sabe dónde y quién sabe con quién y, a pesar de todos mis esfuerzos, yo acabo siendo la única que no tiene novio ni mayores perspectivas de tenerlo. Cicutita doble en las rocas, porfa.

Cabe aclarar que mi situación no siempre ha sido así. Tampoco es que haya pasado toda la vida deseando la suerte de la fea y esas cosas. Quiero que quede muy claro que yo también he utilizado, varias veces y con respecto a varias personas, el término "mi novio", esa frasecita que las mujeres decimos con un retintín de condescendencia y cuyo subtexto suele ser, más o menos, "lero, lero". Si no es que haya pasado todos los sábados en la noche de todos mis años tirada en un sofá viendo la tele y en pijamas, ni que nunca haya experimentado una relación monógama y comprometida, hasta encaminada peligrosamente a terrenos de estabilidad institucional y toda la cosa. He vivido lo mío, me he comprometido lo mío y, aun así, estoy aquí de vuelta, en la casilla de salida y dispuesta a intentarlo de nuevo. De hecho, parte de mi malviaje se centra en que, para todo fin práctico, soy una recién desembarcada en esta hermosa isla desierta que representa la soltería para la treintona mexicana.

En efecto, hasta hace unos pocos meses, yo tenía lo que se dice una pareja estable, de ésas que son un referente para los demás y que parecen, de fuera, sólidas e inquebrantables. Desde mis tiernos e inocentes veintisiete hasta poco antes de cumplir treinta y cuatro fui por la vida con alguien más, alguien que no sólo me complementaba y me hacía ver la vida color de rosa y disfrutar más el día a día y esas cosas que dicen los baladistas cursis que pasan cuando uno vive en pareja, sino que, sobre todo, me otorgaba patente de corso para ver con penita a las solteras a mi alrededor y soltarles, a la menor provocación, un "ay, a mí esa película cero me gustó, pero a mi novio le pareció lo máximo". O, ironía de ironías, pretender darles consejos sobre la mejor manera de lidiar con la búsqueda de pareja y solventar sus crisis. Era yo, pues, "la novia de..." y me sentía segurísima en mi posición. Lero, lero.

Pero eso, como diría Michael Ende, es otra historia. Que cuando terminó me dejó convertida en una versión moderna de Robinson Crusoe; como si mi barco acabara de naufragar (que tampoco requiere tanta imaginación: el fin de las relaciones largas suele sentirse como los últimos minutos del Titanic, pero sin orquesta ni candelabros de cristal ni DiCaprio) y no supiera ni qué fue lo que falló, ni por qué la estúpida orquesta sigue tocando ni a quién culpar por la serie de malhadadas decisiones que nos llevaron tan decidida y ciegamente hacia los escollos y las piedras. Me sentí, pues, como si después de mucho nadar y tragar bastante agua, hubiera terminado por llegar a una especie de isla desierta, con sol a plomo y palmeras, y sin el menor indicio de vida inteligente hasta donde alcanzaba mi vista.

En un primer momento, después de escupir agua salada y mocos hasta sentir la lengua como lija, en mi alma se abrió, pese a todo, una pequeña rendija de esperanza. Me inundó la tremenda seguridad de que detrás de esa lomita que se veía por ahí cerca había un hotel todo incluido, con spa, albercas y bebidas con sombrillitas. Es decir, estaba completamente segura de que mi próxima pareja estaba a la vuelta de la esquina, libre de todos los defectos que le había encontrado a la anterior y esperándome pacientemente a que terminara de procesar la separación y me quitara de encima los harapos, la arena y las huellas de los últimos revolcones de las olas. Solamente era cosa, pensaba, de avanzar un poco y avisarle que su espera había terminado y que sus ruegos y buenas acciones, después de todo, sí habían tenido recompensa; por fin, yo había llegado a su vida.

Siempre según mi fantasía de la isla desierta, después de tomar fuerzas, me paré, caminé un poquito como venadito recién nacido y me decidí de una vez por todas a negociar lo que según yo iba a ser un trayecto cortísimo, una transi-

ción prácticamente inexistente entre mi relación anterior y la nueva. Pensé que nada más era cosa de, como en los pasamanos del patio del kínder, soltarse de un barrote y que inmediatamente apareciera otro, del cual afianzarme. Digo, si era yo. La maravillosa, interesante y atractiva de mí. La que se conocía a sí misma (o eso pensaba), sabía lo que quería, sabía exigirlo y no se conformaba si le daban menos. Encontrar a alguien que se muriera de emoción por compartir su vida conmigo debía ser cosa nada más de tronar los dedos, dejar que se corriera la voz y sentarme a esperar a que empezaran a desfilar candidatos inmejorables, uno detrás de otro, dispuestos a bajarme el Sol, la Luna y la estrellas, ¿no?

Ah. Pues no. Para empezar, me costó un trabajo espantoso hacerme a la idea de que mientras yo estaba cobijada por la tranquilizadora certeza de que tenía un novio junto pasaron seis o siete años, y a esas alturas resultaba que ya nada era como lo había dejado. Sin ir más lejos, cuando sucedió el naufragio, yo ya era, declarada y decididamente, una treintona. Nada de "veintitantos", nada de "hace diez minutos que cumplí dieciocho", ni hablar de "amiga, ¿te molesto con tu credencial de elector?" Al contrario, si me descuidaba tantito, el mundo entero empezaba a colocarme el horrendo apelativo de "señora" y ni modo que les saliera con la aclaración, como de octogenaria de San Luis Potosí, de "se-ño-ri-ta, si me hace usted favor"; qué numerito tan penoso. Era una treintona, ni señora ni señorita, hecha y derecha que, sin saber bien a bien ni cómo, estaba otra vez de vuelta en el incierto y pantanoso mundo de los solteros.

Luego, vino el asunto de reencontrar a mis amigos. Que la última vez que me había fijado eran todos solteros y hasta había un par de muchachos que asco, asco, no me daban y que hasta hubiera considerado como novios si no hu-

biera estado ya comprometida, pero que para ese momento ya estaban todos, incluido el que siempre había tenido pinta como de cama destendida, emparejados, varios hasta casados y con hijos. Y mis amigas, otro tanto. Ahora les correspondía a ellas el dudoso honor de mirarme como con penita y aventarme el rollo; ese rollo, sí, el de "tú súper tranquila, chaparrita: con tantita paciencia que tengas y tantito que pongas de tu parte, vas a ver que vas a tener montones de tipos haciendo fila en la puerta de tu casa; o sea, si eres un partidazo, ¡no inventes!". Así que ni para dónde hacerme: los amigos, comprometidos y las amigas, no sólo comprometidas, sino dispuestas a mentirme y a dorrarme la píldora y a prometerme que en menos de lo que me imaginaba mi vida iba a estar una vez más poblada por una pareja, mucho más conveniente y adecuada que la que acababa de dejar.

Yo, que tenía unas ganas locas de creerlo, me lo creí. Compré completito el cuento de que ni siquiera había necesidad de examinar ni de revisar nada, sino que la pareja iba a llegar solita, casi como por arte de magia, y que era cosa nada más de ponerme muy bonita y sentarme a esperar. Pero, de pronto, pasaban las semanas, y nada. Y pasaban los meses, y nada. Y, peor todavía, me sometí al martirio de una sucesión interminable de primeras citas: con el mejor amigo del novio de una amiga, con el hijo de la amiga de mi mamá que es judío pero no muy ortodoxo, con un amiguito de la primaria que me reencontré por Facebook y que ya se me había olvidado que me crispaba los nervios y hasta con el primo del amigo de un señor que no vino a la fiesta, todo con tal de salir y no dejar pasar ni una oportunidad, porque una nunca sabe. Y de cada cita regresaba con los pies destrozados por los tacones, con los costados lla-gados por el strapless que me apretaba y con una levísima lucecita de esperanza que se apagaba como a los diez días,

cuando el tipo no llamaba o cuando llamaba y resultaba que mis sospechas eran fundadas: parecía un cretino porque era un cretino. Ya con la pijama puesta y el ánimo por los suelos, contestaba los recaditos de todas mis amigas que preguntaban con muy buena intención cómo me había ido, mintiendo descaradamente y diciendo que “creía que bien” para, acto seguido, dejar que la desesperación me cubriera cual ola de tsunami asiático, porque, a como veía las cosas, no parecía haber vuelta de hoja: estaba condenada a quedarme soltera hasta el fin de los tiempos.

Y eso, por no hablar de lo que tuve que afrontar frente a mi familia. Ya después, con un poco de distancia, perspectiva y bastante análisis, me di cuenta de que había muchas cosas que yo me había inventado y que la cosa no había estado tan grave, pero en ese momento, recién negociada la separación, pensaba que mi familia entera me miraba como un caso perdido, como un rompecabezas incomprendible al cual nadie quería entrarle. Según yo, todavía mis amigos fingían frenéticamente y me decían que por supuesto que no era una quedada. Es más, que ese término ya ni se usaba. “Ya no lo usarán ustedes”, pensaba, “pero los invito un día a mi casa”. Tampoco es que nadie me hablara al respecto (insisto, buena parte estaba solamente en mi cabeza). No es que cada domingo, durante la comida familiar, el tema a tratar fuera “qué vamos a hacer con ésta que dejó a ese muchacho que la quería tanto y ahora no parece que vaya a salir ni en rifa”, no: todos se mostraban realmente muy comprensivos y muy discretos. Pero, ni modo, yo andaba sensible y dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad que la vida me brindara para darle rienda suelta a mi tristemente amplia capacidad de malviajarme y no podía más que sentir una punzada en medio del pecho —que no, no era ni un ataque cardíaco, porque después de todo ya tenía treinta y tantos, ni una consecuencia de comer tres

días seguidos cochinita pibil— cada vez que alguien mencionaba a una conocida bastante más chica que yo a la cual le habían dado el anillo o estaba a punto de tener un bebé a escaso año y medio de matrimonio. Si esas niñas antier estaban desfilando de pollitos en el festival de la primavera del kínder, caray, ¿qué demonios hacían casándose y teniendo hijos como si les dieran premio? Y, por supuesto, cualquier evento familiar al cual tenía que asistir sola y aguantar lo que yo interpretaba como miradas reprobatorias, se convertía en una experiencia horrorosa.

Andaba, pues, insoportable. Lo cual no ayudaba, para nada, a emitir la vibra despreocupada y relajante que según todas las revistas y todos los programas de radio es indispensable para animar a un hombre a fijarse en ti e invitarte a salir. Si salía con alguien y me la pasaba bien, en cuanto el tipo me dejaba en mi casa yo empezaba a angustiarme horriblemente por el negro abismo de incertidumbre que se abría ante mis ojos; porque todavía si no me la hubiera pasado bien, pensaba, pues no habría problema; me olvidaba de él y ya, a otra cosa mariposa, pero ya que sí me la había pasado bien, caía inevitablemente en la danza macabra de la ansiedad generada por la necesidad de control. ¿Lo iría a ver después? ¿Sería posible que éste sí fuera el bueno, el que me iba a conceder salir del horrible mundo de la soltería y reintegrarme al de las mujeres emparejadas? Pero ¿qué pasaría si no me buscaba más? ¿Sería prudente y aconsejable que lo buscara yo? ¿Y si yo no le gustaba? ¿Y si, en realidad, todo el tiempo había estado fingiendo y todo era una apuesta, como en película chafa de adolescentes ochenteros? ¿Y si sí le gustaba, pero tenía una familia en Dayton, Ohio y otra en Omaha, Nebraska, y lo buscaba la policía gringa por bigamia? Y así, hasta el infinito. Me las arreglaba para organizarme un infierno de preguntas a las cuales no me era posible encontrarles respuesta, básica-

mente porque para hacerlo hubiera requerido que algún hada madrina en mi lejana infancia me hubiera dotado con el poder de la telepatía.

Sin darme cuenta ni a qué horas ni cómo, me brotó en el alma una especie de gemela maligna que se dio a la tarea de masacrar a mi parte más rescatable; ésa que había destacado en otros ámbitos y que tenía una clara conciencia de su valor. Por razones que todavía no termino de entender (aunque en eso estoy), dejé de lado lo que ya había aprendido de mí y que me daba una cierta seguridad y apostura para funcionar en el mundo, y permití que mi gemela dictara si yo era, o no, valiosa, valiéndose en teoría de las reacciones —generalmente malinterpretadas— de otras personas. En otras palabras, que me fui poniendo en una situación donde si Fulano no me llamaba después de salir conmigo, yo tenía que asumir que no había sido suficientemente atractiva o interesante para Fulano y que, por lo tanto, yo no era, ni iba a ser nunca, suficientemente atractiva o interesante para nadie, punto. Lo de menos era si Fulano a mí me convencía o no, o si él estaba en posibilidades de valorarme o de establecer siquiera una relación más formal conmigo; yo corría con la responsabilidad de convencerlo y él, con la de reforzar constantemente mi autoestima. Lo cual era, a partes iguales, tremendamente injusto con Fulano y horrendamente cruel conmigo misma; como bien dice mi amiga la Cuquis, tendría que sentirme mal por la cantidad enorme de mal karma que coloqué en uno y varios Fulanos a lo largo de ese tiempo, a fuerza de poner mi bienestar en sus manos sin siquiera tener la decencia de avisarles.

Total que, a esas alturas, lo que había empezado como un juego y una aventura que en teoría tenía que durar a lo más un par de meses y que hasta me iba a dar oportunidad de acumular experiencias y una que otra anécdota curioso-

na de una primera cita atropellada o, ya en plan de sueño guajiro, un fin de semana romántico en Valle de Bravo o hasta en París (oh, bueno, cada quién sus sueños guajiros, ¿no?), se fue convirtiendo, a golpes de inseguridad y trastabilleos de mi propia identidad, en una situación que a todas luces se estaba saliendo de mi control y ya no estaba resultando, ya no digamos divertida, ni siquiera mínimamente justa conmigo misma. De hecho, en algún momento, lo de tener treinta y tantos, que hasta ese momento no me había pesado, empezó a convertirse en un tema de angustia y preocupaciones que no me había imaginado capaz de plantearme nunca; de pronto, la soltería se me empezó a antojar como una situación vital no sólo irremontable, sino indeseable. Empecé a sentir como si estuviera condenada a permanecer soltera el resto de mi vida, porque evidentemente algo había en mí descompuesto o, de menos, defectuoso; dejé de ver ciertas películas cuyo talante cursi y melcochoso me resultaba intolerable y, empecé, a cambio, a sacarle la lengua a las parejas en la calle, recelosa y envidiosa porque, según como veía las cosas en ese momento, ese tipo de vínculo y ese tipo de intimidad a mí me estaban vedados. Para todo fin práctico, me convertí en una llenadeodio hecha y derecha.

Además de estar llenadeodio, que ya tenía lo suyo de engorroso, estaba completamente obsesionada con el asunto. Pensaba que lo de tener una pareja a mí ya no me iba a tocar y, si acaso tenía la más mínima posibilidad, el asunto dependía completa y absolutamente de mí; de que yo hiciera lo que fuera necesario para convencer a un sujeto de aventarse la penosa tarea de emprender una vida de pareja conmigo. Y, aunque me dé pena reconocerlo, tengo que decir que mucho tiempo actué en consecuencia, pres-tándome a situaciones que no me acomodaban o que, simplemente, no me divertían. Y no sólo eso: la obsesión y el

mal humor empezaron a filtrarse hacia otras áreas de mi vida, las que sí consideraba que me salían bien, como el trabajo y los amigos, y ya para cuando me di cuenta y pude empezar a cambiar algunas cosas, me había convertido en eso que juré solemnemente que jamás iba a ser: una mujer cuya vida estaba atravesada por la necesidad apremiante de conseguirse un hombre. Sin darme cuenta ni cómo, ni a qué hora, había traicionado hasta mis más íntimos principios. Horror. Tragedia. Y guácala, francamente. Eso sí hizo que se dispararan todas mis alarmas y me empezara a replantear seriamente mi, teóricamente, tan despreocupada relación con mi soltería y mi edad.

Ya frente a tanta evidencia, no he tenido más remedio que dejar de hacerme mensa y aceptar que, en lugar de pasarla bien y aprovechar este nuevo estadio en mi vida para, por fin, abandonar mi actitud obsesiva y controladora y dejar que el azar —y el género masculino— hicieran su trabajo, estaba tomando como pretexto la combinación de mi soltería y mi edad para atormentarme bien y bonito. Y que, como nefanda consecuencia, en lugar de dirigirme hacia el spa, las bebidas con sombrillita y la buena vida en general, estaba caminando derecho al acantilado. Por si fuera poco, lo hacía utilizando como gritos de batalla frases tan originales, sesudas y dignas de una mujer pensante como “todos los hombres son iguales” y “es que yo de veras tengo muy mala suerte”. Frente a tanta evidencia, pues, decidí que ya estaba bueno.

Así las cosas, me temo que tal vez ha llegado el momento de dejar de lado el látigo autoflagelador, ése que enarbolaba de manera tan entusiasta cada vez que un pretenso más me aplica la de Mandrake, y empezar a indagar si no habrá otra causa de mi condición soltera; algo más allá de la tan traída, llevada y cantada maldad y perfidia de los hombres. Si no será que algo tengo en mí que me hace